

## La tentación de la felicidad, en Claudel

*"Cela m'ennuie de voir des gens heureux,  
c'est immoral!"*

El fin de la vida no es la felicidad (*le bonheur*). Todo, en el mundo, es demasiado pequeño para nuestro anhelo. «Basta mirar alrededor para darse cuenta de que el hombre no ha sido hecho para ser feliz.»

Contentarse con la felicidad (*bonheur*) terrena, perecedera, es mutilar nuestro ser de hombres, ahogar el grito profundo de nuestras almas. Hay que sacar a los hombres de su torpor, darles a conocer su verdadera estatura. En *Le soulier de satin*, Don Rodrigue, que intentó antaño conquistar el Japón, le dice al japonés que le acompaña:

«Erais demasiado felices en vuestro pequeño agujero enjuto en medio del mar, en vuestro pequeño jardín bien cerrado, bebiendo a pequeños sorbos vuestro té en pequeñas tazas. No puedo soportar ver gente feliz, ¡es inmoral!»

El hombre no está hecho para la felicidad (*bonheur*), sino para la alegría (*joie*). El fin de la vida no es la felicidad, sino la alegría. Y la alegría es Dios.

«Hazles comprender que no tienen en el mundo más deber que la alegría.

La alegría que nosotros conocemos, la alegría que tenemos por misión darles: hazles comprender que no es una palabra vana, un insípido lugar común de sacristía,

¡sino una horrible, una soberbia, una absurda y una deslumbrante realidad!, y que todo lo demás no es nada a su lado.

¡Una cosa humilde y material penetrante, como el pan que deseamos, como el vino que tan bien nos sabe, como el agua que causa la muerte si nos privan de ella, como el fuego que quema, como la voz que resucita los muertos!»

¿Cómo se alcanza la alegría, cuál es el camino? La voluntad de Dios, cumplir la misión encomendada, realizar el propio destino, llegar a ser uno mismo... Distintas maneras de expresar una sola cosa. Estamos en el mundo para cumplir una misión y, cumpliéndola, hacernos a nosotros mismos, dar la talla de nuestra vocación en Dios. En una palabra, estamos aquí para *partir*, para ponernos en camino.

«Cristóbal, parte, Dios te llama, abandona tu patria, sal de tu patria, lo mismo que Abraham llamado por Dios del país de Ur. La voluntad de Dios es tu patria. Todo lo que te impide partir es enemigo tuyo.»

Todo lo que nos impide hacer la voluntad de Dios, impide nuestro crecimiento, es un obstáculo en la ruta hacia nosotros mismos, hacia nuestro verdadero ser, y nos cierra el camino hacia la alegría.

En *Le père humilié* aparece con especial relieve la triple dialéctica de la felicidad, la misión y la alegría: Orian tiene una misión que cumplir, tiene que partir. Partir es siempre morir un poco, es renunciar, dejar atrás la felicidad (el amor de Pensée), pero conduce a la alegría, a la plenitud:

«ORIAN. — ...a pesar de este cobarde corazón que me traiciona, sí, a pesar de estos terribles deseos de felicidad (*bonheur*), lo que yo necesito, no está en tu poder dármelo.

PENSEE. — ¿Acaso existe la alegría, Orian?

ORIAN. — Ah, ¿acaso no es forzoso que exista, para que yo la prefiera a ti? Sí, existe, y mi único deber es alcanzarla... Sólo una cosa me es necesaria, la alegría.

PENSEE. — ¿Qué es la alegría?

ORIAN. — Todo lo que puedo decir es que no tiene principio ni fin.»

En el prólogo de *L'annonce faite à Marie* ha colocado Claudel una breve parábola que resume la obra y que expresa cómo la misión, la vocación, la promoción del hombre es dolorosa (le arranca de una felicidad que parecía tan humana, tan a su medida) y al final gozosa y gloriosa porque le abre a lo infinito, a Dios que es su verdadera patria. Habla Pierre de Craon, el constructor de catedrales:

«Hace tiempo, un día que atravesaba el bosque de Fisme, oí a dos hermosas encinas que hablaban entre sí,

alabando a Dios que las había hecho inmovibles en el lugar donde habían nacido.

Ahora la una, en la proa de una galera, hace la guerra a los turcos sobre el mar océano,

la otra, cortada por orden mía y colocada en lo alto de la torre de Laon,  
sostiene la Jehanne, la buena campana, cuya voz se oye a diez leguas».

¿El fin de la vida? *El fin de la vida es morir*, dirá Claudel en una de sus más bellas y grandiosas páginas, al final de *L'annonce*:

«¿Acaso el fin de la vida es vivir? ¿Acaso los pies de los hijos de Dios están adheridos a esta tierra miserable?  
¡No es vivir, sino morir! ¡No labrar la cruz, sino subirse a ella y dar lo que tenemos riendo!  
¡Ahí está la alegría, ahí está la libertad, ahí la gracia, ahí la juventud eterna!»

El fin de la vida es *prepararnos a la Vida* y la muerte no es más que un *dies natalis*, un nuevo y más verdadero Nacimiento.

Esta visión profunda y heroica del destino humano se mantiene en la concepción que del amor se hace Claudel. «El amor se basta a sí mismo», dice Don Camille, y le replica Don Rodrigue: «¡Yo en cambio pienso que nada le basta al amor!».

El amor promete *la joie* (la felicidad plena), pero sólo puede dar *le bonheur*. «La mujer hace una promesa que no puede cumplir... La mujer no es la felicidad, es aquello que el hombre pone en el lugar de la felicidad.» El hombre y la mujer no se bastan el uno al otro. El amor no es un fin en sí mismo. «Ser felices el uno por el otro aquí abajo, ¿es este, acaso, el mayor de los bienes?»

El amor es un camino. El amor auténtico está al servicio del *deber*. El hombre y la mujer que se aman ansian ante todo la plena realización de la vocación del otro, ayudan al otro a cumplir su misión, a ser plenamente él mismo y a alcanzar *la joie*. Y entonces sí que cumple la mujer su promesa: «Le ha pedido Dios a una mujer, y ella se lo ha dado», exclama Prouhèze.

Cuando el hombre se posee, entonces puede darse. Y sólo se posee cuando ha llegado al fin de su misión. Hacer del amor un obstáculo para la misión, es amar lo menos auténtico del otro, lo inacabado. «No se puede decir que amamos, si no le damos al otro lo mejor que hay en nosotros.»

Cuando Pensée le pide a Orian que no parta, que se quede para vivir en paz su mutuo amor, éste le contesta con unas palabras, que explican por qué, en la obra claudeliana, el amor es una ausencia, los que se aman en vez de unirse se separan y se citan en el más allá:

«¡Es necesario que yo no sea un hombre feliz! ¡Es necesario que yo no sea un hombre satisfecho!»

¡Es necesario que nadie me tape la boca y los ojos con esta felicidad (*bonheur*) que quita el deseo!

\* \* \*

¿Me aconsejas desertar, entonces? ¿Me encerrarás con llave en tu casa y no tendré más tarea en el mundo que acariciarte?

¿No tendré en la vida más fin que tú?

¿Qué es lo que amas en mí sino este fin para el que he sido hecho? ¿Este término para cuya consecución he sido hecho y sin el cual no soy más que una aglomeración de miembros al azar?

Cuando poseeré mi alma, entonces podré dártela.

Mientras tanto, el deber pasa delante...»

*El hombre no es de este mundo.* Y la misión del poeta, nuevo Colón, es ser profeta del Otro Mundo, anunciar a los hombres que hay un Nuevo Mundo, que la Alegría existe y que la Esperanza es posible.

En *Le livre de Christophe Colomb*, el «Explicador» advierte desde el principio que todo es símbolo en la obra y que no se trata solamente de Cristóbal Colón, sino «de todos los hombres que tienen la vocación del Otro Mundo y de esta ribera ulterior que plazca a la divina gracia podamos alcanzar».

JUAN PEGUEROLES, S. I.

*San Cugat del Vallés (Barcelona)*